

El Teatro Experimental inició el Festival del Teatro Chileno con la reposición de "Casi Casamiento" de Barros Grez, presentada irrepresiblemente por el elenco del Experimental dentro de la acentuación farsesca que le dió su director Domingo Tesier.

Esta función se llevó a cabo el jueves 4, a las 10 de la noche en el Teatro Municipal.

Es de lamentar que el Experimental no haya podido contribuir con alguna obra inédita de autor nacional para iniciar este Festival, sobre todo cuando tiene en sus archivos una colección de manuscritos virgenes acumulados a través de muchos cursos anuales.

EL TONY COSQUILLAS

Comedia cómico-sentimental en tres actos del autor chileno Isidoro Basis. Presentada en Teatro Imperio por la Cia. Leguía-Córdoba. Dirección de Lucho Córdoba. Escenografía de Guillermo Núñez.

El caso de un crítico de teatro que a la vez es dramaturgo no es algo que sólo sucede en el planeta Marte. Tenemos en EE. UU. el caso

FESTIVAL DEL TEATRO CHILENO

obra no se producen esas series de puntos muertos entre escena y escena, cosa que caracteriza a los autores noveles.

La psicología un tanto primaria de los personajes los hace desempeñarse dentro de amaneramientos caricaturescos, o farsescos, o dentro de convencionalismos sentimentales. Esta psicología primaria hace aparecer confusa la relación sentimental Beatriz-Raimundo-Fernando Margarita, la que se resuelve gracias a una caprichosa volubilidad emocional por parte de Raimundo y Beatriz.

El Tony Cosquillas es el personaje de psicología más recia. Comprende que está condenado a hacer reír bajo la carpa a costa de su propio ridículo, y a hacer feliz a los demás, fuera de la carpa, a costa de su propio sacrificio.

hábilmente tejido, especialmente en el segundo acto, donde sus personajes, elegidos con gran sentido de la comedia, alcanzan un límite de calidad y finura pocas veces logrado en dramaturgos nacionales. Conoce el novel autor algunos recursos para hacer reír y llega al público con humorismo de buena ley, en chispeante e ingenioso diálogo.

"Tiempos de Vals" tiene, evidentemente, defectos. Pero son aquellos que pasan inadvertidos al espectador. Y cuando la situación de la trama ha decaído, Frank introduce las canciones "danubianas" de Ralph Benatzky y Peter Schwartz. Es un recurso habilidoso para disimular la poca consistencia del argumento que en mucho no recuerda las obras de Noel Coward, y en otras partes, las de Carlos Arniches. Y esto no es un reproche, puesto que es difícil sobrellevar una comedia para un autor que carece de aquella experiencia que da la producción continuada, a través de muchos años. Lo importante es que se ha alcanzado con "Tiempo de Vals" un real objetivo teatral. Y su autor se ha revelado como experto buceador del ingenio y agudo conocedor de la técnica del diálogo, tan difícil, a veces, de manejar, cuando se atisga a los personajes de frases cursis y rimbombantes.

La obra que hemos visto en el "Atelier" ha sido también dirigida por Miguel Frank, valga decir, su autor. Aparte de la selección de los tipos que hizo para cada uno de los papeles, exhibe una condición directiva de muy acertada visión. Esto es, ejerciendo una combinación de música y diálogo que lo hace salir airoso del paso.

La simpatía que provocó el desarrollo de la pieza "bilateral" de Miguel Frank se pudo medir con los entusiasmas aplausos que le prodigó el público la noche del estreno.

La interpretación, con pocas excepciones, marchó al ritmo de la comedia. Pero no sabemos si Frank la escribió para la cantante Lillianette, o si buscó con mucha suerte, a la artista precisa para el papel principal. Como en las películas musicales, la actriz "vedette" canta en medio de cualquier situación, sin caer en la repetición de una melodía o sin interrumpir un parlamento que después corre como si nada hubiera pasado. Como se ve, también estuvo presente el cine en "Tiempos de Vals".

La aparición en escena de Lillianette, fina y elegante, ha sido acertada. La hemos visto en más de una película chilena y en no pocas incursiones de la opereta viciosa presentada en nuestro país. Logra impregnar de simpatía y agilidad su papel. Con una voz suave y bien timbrada, entona las típicas melodías que el autor ha escogido para matizar. En las situaciones cómicas, Lillianette saca el mejor partido y, realmente, se nos presenta como una comedianta de indudables condiciones histriónicas.

Norman Day, especializado en este tipo de obras, no estuvo, en esta ocasión, como en otras de sus esporádicas actuaciones teatrales. Se le vio demasiado afectado y exageró siempre los gestos, dando una sensación de falsa ironía dentro del juego de

los personajes. Eliana Simpson lució con discreción su porte escénico. Estuvo elegante y combinó certeramente con la figura de Lillianette.

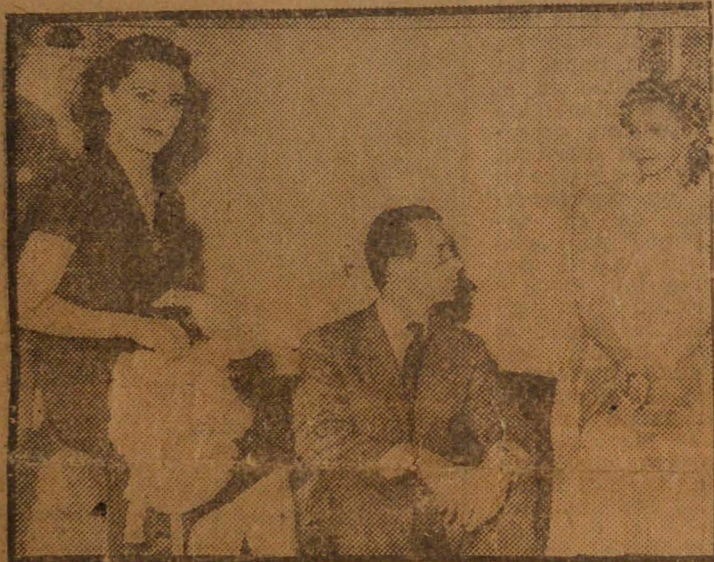
El papel de Teresa Piñana muy gracioso, y su interpretación justa. Alberto Katz, debutante, demostró sobriedad aunque a veces, indeciso. Y dejamos para el final a Eduardo Gamboa, actor chileno de "cortos" de cine que fué el más preciso de todos los personajes. En jerga teatral "estuvo clavado" en el papel que dominó con una visión cómica que provocó sonoras carcajadas. Hay en él un tipo de actor difícil de encontrar. Y se debe a este desempeño el "redescubrimiento" que ha hecho Miguel Frank.

La presentación de las actrices de mucha elegancia.

actualidad, sobre todo en este preciso momento del mundo.

Más de alguno dirá que este drama de Vodanovic ha sufrido la influencia de tal o cuál dramaturgo. Nosotros sólo podemos afirmar que las influencias en un artista creador que comienza su carrera, son absolutamente necesarias y que mientras estas influencias sean buenas, el resultado es benéfico. Nada nace por generación espontánea.

No podemos menos que reconocer que Vodanovic ha escrito una pieza que revela un acucioso estudio. El autor ha tenido la suficiente inteligencia como para desarrollar su obra dentro de un medio que conoce: el de la política unida a los estudios legales. Los parlamentos están bien estudiados y fluyen naturales, las escenas están bien construidas, la obra en total mantiene el suspense hasta el último acto. Pero, como somos majaderamente exigentes, no nos convenció el final. En todo momento esperábamos "el golpe de teatro" en el tercer acto. No lo hubo; la pieza se fué ex-



"Tiempo de Vals", en L'Atelier.

de Woolcott Gibbs y en Francia el de Thierry Maulnier, para nombrar sólo a dos y muy al vuelo. Al ver esta obra de Basis montada por Córdoba, es difícil separar las bondades de la obra de los vicios de la interpretación. No la vimos en función de estreno (siempre lo evitamos), pero en la representación del lunes en la noche, era difícil saber qué era morcilla dicha en cuanto a parlamento, y qué era parlamento dicho como morcilla. Era evidente que el primer y tercer actos todavía estaban débiles en memorización, lo que restaba naturalidad y dinamismo a los parlamentos. Igualmente no sabemos si ciertos parlamentos de dudoso gusto, como el de la Cafiaspirina y el de la plata al bolsillo, se deben al autor o si eran meras morcillas hechas como concesión al público.

El tema escogido por el autor, no es estrictamente nacional (ni original), aunque ese circo pobre que recorre los balnearios de provincia ciertamente lo es y podemos recordar haber visto muchos de ellos.

La lucha entre la maldad de los ricos y la dignidad de los pobres, con uno que otro personaje que se pasa al campo contrario, tampoco es especialmente nueva. Hay, eso sí, personajes de profundo dramatismo dentro del tema. De eso ya se dieron cuenta anteriormente los libretistas de "I Pagliacci", del film "Rie, Payaso, Rie" de Lon Chaney, y el autor de "El Que Recibe Las Bofetadas".

Las escenas en general están bien hiladas; en esta

El buen decorado de Núñez de los actos primero y tercero parece haber acompañado al Sr. Córdoba que en varios momentos movió a sus personajes en forma antifiteatral. Notamos una agradable supresión de las candilejas.

Américo Vargas se destacó en su amnésico Don Germán. Olvido Leguía, de excéntrica caricaturizada, papel que ya le hemos visto en otras ocasiones, no ofreció nada nuevo. Córdoba es Córdoba.

La falta de respeto del reparto por la obra se resumió en la actuación de la Srta. Inclán, quien parecía concentrar toda su atención en memorizar las fisonomías de los ocupantes de las primeras filas de platea.

N. D.

"TIEMPO DE VALS"

Comedia Musical de Miguel Frank, estrenada en el Teatro Atelier.

Debemos confesar que el título de "comedia musical" nos provocó una aguda curiosidad. Era la primera vez que, en muchos años, veíamos anunciada en cartel un género de esta naturaleza. Aún más, llegamos a creer que aquello no pasaría de ser un cuadro revisteril para salir del paso en este Festival del Teatro Chileno, en el cual hasta el momento, se ha echado mano a todo tipo de piezas teatrales.

La verdad es que nos hemos llevado una sorpresa. La obra de Miguel Frank difiere de todas las estrenadas durante la temporada, en la ausencia total de pretensiones dramáticas. El autor se ha limitado a entretener a su público con un argumento



"El Senador no es honorable", presentación de 'El Teatro de Ensayo'.

Vistosos trajes y bien diseñado decorado pusieron a "Tiempo de Vals" en la clasificación de jerarquía que señalamos en este comentario.

Marcos Correa

EL SENADOR NO ES HONORABLE

Obra del autor nacional Sergio Vodanovic, presentada por el Teatro de Ensayo en la sala Petit Rex. Dirección de Hernán Letelier. Decorados según ideas de Hernán Letelier.

Después de ver esta obra es difícil quedarse tranquilo y no prorrumpir en hurras, para después decir:

¡Al fin, un autor nacional!

Como ya lo hemos dicho otras veces, cuando se encuentran buenas las cosas, generalmente se es breve. El tema de la obra de Vodanovic, es de gran actualidad: encara la honestidad en el periodismo, la honradez en la política y la corrupción de estos elementos y la del magisterio; la lucha de un hombre con su propia conciencia, las transacciones que impone la realidad sobre el idealismo, etc. Dada la universalidad del tema la obra es de

tinguendo lentamente sin ese toque de fuegos artificiales que podría haber proporcionado la rebelión última de Lorenzo ante el materialismo de la mujer que amaba.

La dirección de Hernán Letelier fué eficiente a pesar de que a nuestro parecer hubo ciertos errores de reparto. Los decorados, insuperables, dan exactamente, dentro de lo teatral, esa atmósfera de casa llena de tradiciones que exige la obra. Sobre la iluminación, sólo nos podemos manifestar líricos en extremo: en todo momento estaban iluminadas las caras de los intérpretes que es justo lo que requiere un teatro de close-up como lo es el Petit Rex.

El reparto de esta pieza se desempeñó en forma adecuada aunque gran parte de él no logra sobreponerse al "rechichismo" de la pronunciación de radioteatro y a las inflexiones convencionales. Todo esto, en conjunto, resta naturalidad (tono de conversación) al total. Creemos, sinceramente, que sobresale de entre todos Justo Ugarte. Supo darle a su Ignacio Pinto la incisiva intención requerida por sus parlamentos.

N. D.